

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si consagrásemos esta crónica á un arte de rarísima vez tengo ocasión de hablar, á la música? Debo confesarlo humildemente: tengo fama de sorda, es decir, de indiferente á las bellas combinaciones del ritmo y del sonido. Es una fama injusta, un cargo arbitrario, como otros muchos que sin saber por qué nos dirigen. A mí no me encanta toda la música que oigo, con lo cual creo demostrar buen gusto, porque muchas de las piezas de concierto que escucha el público atentamente, son frías, lánguidas, poco ó nada inspiradas, y se parecen á las poesías académicas en las cuales no es fácil señalar defectos, y sin embargo no llegan al alma ni causan emoción alguna. A mí esas piezas, tan científicas, tan importantes, no me importan. Por eso asisto á conciertos rara vez. Es preciso que el programa me satisfaga por completo para que me resuelva á arrostrar tres horas de música *di camera*, en un local cerrado, y por la tarde, que es el momento de respirar un poco el aire libre, sobre todo cuando por la mañana se ha trabajado con cierta actividad en el cuarto de estudio.

Y si los conciertos que no me ofrecen bastante Beethoven, Chopin, Schumann y Mendelssohn (á los cuales permanezco fiel), me dejan un poco fría, hay otras manifestaciones musicales que tienen el don de ponerme los nervios tirantes como cuerdas de guitarra, y de sacarme de mis casillas enteramente. Sentiré, lector, que seas aficionado á los organillos, á los pianos de manubrio, á las zarzuelas con tangos y á las murgas callejeras. Estos ruidos yo los prohibiría; pero debe de ser mi severo juicio algo extraño, cuando todo ese estrépito y batahola produce muy buen dinero, atrae gente al teatro, da de comer á tantos industriales (esto tiene de bueno siquiera) y no lleva trazas de desaparecer. Los pianos de manubrio constituyen un lucrativo oficio, y las murgas van teniendo asegurada su perpetuidad mientras no se supriman las bodas, los bautizos, las inauguraciones de tiendas de comestibles y almacenes de géneros al por mayor, barberías, salones de limpiabotas y otros establecimientos del mismo jaez. Luego toda música viene á ser del presente y del porvenir, y muy necesaria en la república, por lo cual debemos respetarla, y para salvarnos de ella, aplicarnos en los oídos un par de bolitas de algodón en rama, previamente embebidas en aceite de almendras dulces.

Tampoco he solido experimentar una fruición estética refinada cuando alguno de los *virtuosos* ó *virtuosas* que andan por ahí asombrando al mundo, nos ofrece una muestra de su perfecta y asombrosa ejecución, hiriendo el teclado con unos dedos fuertes y ágiles como martillos de acero. Para decirlo de una vez: la *virtuosidad*, en música, me produce un efecto análogo al que me produjo un despampanante palacio que se exhibía en Madrid, creo que en la calle de la Concepción Jerónima, en una tienda de zapatero. El palacio estaba edificado con pepitas de melón, es decir, con la envoltura exterior de las pepitas de la sabrosa cucurbitácea; y habían entrado en sus muros y techos, según cálculo exacto, cinco millones setecientas veintidós mil y cinco pepitas, lo cual suponía en el insigne arquitecto que las había descascarado, recortado y pegado, dos años y medio, invertidos escrupulosamente en ejecutar... una ridiculez. Hay *virtuosos* del piano y del violín que son verdaderos artistas en pepitas de melón.

El piano es un instrumento que casi no me suena bien, la mayor parte de las veces que lo oigo tocar. Y lo siento, porque ¿dónde existe un goce más accesible, más al alcance de todas las fortunas, que este de oír tocar el piano? No iréis á tan escondida aldea, á tan mezquino lugarejo, donde no os salteen y acometan los sonidos de un piano, si existe en tal aldea ó lugar una señorita «bien educada,» las cuales abundan tanto ó más que los pianos. Milagro me parecería que no encontráseis en cada tertulia un «profesor» ó «profesora» eminentes que sepan interpretar las composiciones del repertorio, y que os entretengan agradadablemente recordándoos óperas y zarzuelas, canciones y valeses; y menos mal si el profesor no es de los que exigen que la gente se forme en corro y guarde religioso silencio mientras zurren, porque en realidad lo mejor del piano es la falta de pretensiones en quien lo toca, y el murmullo de la conversación adquiere especial encanto al acompañarlo los acordes del familiar instrumento.

Es indudable que lo ingrato del piano está en el piano mismo, en su sequedad y dureza; por ahí dicen que el piano ha sido una conquista de la civilización, una transformación mágica del ralejo y el clavicordio; no lo discuto, entiendo poco de esta materia, pero noto algo que confirma mi tesis: es que apenas el mismo aficionado que tocaba el piano se sienta á herir las teclas de un armonio, nos hace percibir emoción de belleza, algo de ternura y de gravedad, una dulce fusión del sonido, una majestuosa calma favorable al ensueño que la música engendra. Yo lo explico así, por no acertar á explicarlo de otro modo, y sin pretensiones de acertar. Necesito darme alguna razón del por qué el piano me es físicamente antipático las nueve décimas partes de las veces que tengo ocasión de oírlo, y por qué en cambio el armonio, en sí, aparte de la maestría de los que lo pulsan, me asegura una impresión agradable y sedante.

Hay, sin embargo, preciso es reconocerlo, dedos bajo los cuales el mismo piano seco y duro se transforma y adquiere suavidad y sonos ligados y terciopelosos. Recuerdo á un polaco admirable; de esos polacos de pelo amarillo y ojos alocados y saltones, nuez prominente y dedos largos y flacos como manojos de varillas para batir las claras de huevo. Se dejaba caer sobre el taburete imperiosamente, echaba atrás la rutilante melena, sacudiendo la cabeza con movimiento clásico en los *virtuosos*..., y apenas hería el teclado, demostraba que en vez de ser el *virtuoso* sin alma ni sentimiento, era un espíritu, una llama, un diablillo, algo que lleva en las venas la inspiración musical. No he averiguado nunca qué composiciones eran las que ejecutaba aquel hombre; y hasta he llegado á pensar si las improvisaba él, enlazando reminiscencias y cosiendo, con el hilo de oro de su luminoso capricho, trozos sueltos que llevaba en la memoria. Debía de ser aquello una ensalada ó menestra de Beethoven, Saint-Saens, Mozart, Chopin, Weber..., ¡quién sabe! Por momentos se me figuraba que reconocía algo, y al punto mismo la melodía se desataba, y la absorbían y disolvían temas nuevos. Había gritos de pasión, explosiones de rabia y cólera, quejas infinitas de dolor, acentos desesperados, furores y protestas, sordas y tenaces lamentaciones de incurable melancolía, y también efusiones del alma entusiasmada, cantos de éxtasis que parecían venidos del cielo, frescos murmullos de arroyos, profundas, augustas armonías de hojas agitadas por el aire, graves ecos del mar del Norte que se deshace contra la playa, gorjeos de pajarillos en los boscajes solitarios, los rumores de besos y batires de alas que cantó el poeta... Tan pronto el piano evocaba viejas baladas alemanas, de ritmo pueril, como enfilaba minuetos arcaicos, elegantemente pasados de moda, ó pavanas insolentes del tiempo de los Valois. A veces, un soplo heroico erizaba la cabellera de lino mal tascado del artista, y una marcha guerrera, estridente, se alzaba, retando al universo con sus sonoridades briosas. Clamores de muerto y de sangre parecían estallar en el aire como maldiciones, como si las vírgenes belicosas, las Walkirias nunca saciadas, galopasen allá por entre las nubes. Y cuando el himno de guerra moría glorioso, se elevaba otro himno lleno de recogimiento, de unción, de casta pureza: un cántico religioso que parecía entonado por monjas bajadas del cielo para alabar una vez más al Señor con piadosas lenguas. Tantas y tan diversas eran las emociones que el piano, dominado por aquel extraño artista, hacía sentir y sabía expresar. Como en el magnífico oratorio de Berlioz *La condenación de Fausto*, diríase que desfilaban en los motivos musicales todos los episodios grandes y conmovedores del humano existir. Llantos, ironías, plegarias, serenatas de guitarra á la luz de la luna, explosiones victoriosas del senti-

miento y vagas neblinas del ensueño brotaban del teclado y se difundían por el alma del oyente. Y si se me pregunta: «¿Qué piezas eran las que ejecutaba ese hombre?» responderé siempre que lo ignoro. Acaso lo ignoraba él mismo. Libremente, espigaba á los maestros, adoptándose los de un modo suyo, infundiéndoles su sensibilidad propia.

Y por eso yo le escuchaba complacida, prescindiendo de su tipo caricaturesco, de sus melenas, de sus gestos nerviosos cuando no hería el instrumento del cual sacaba tanto partido. Cerraba los ojos para figurarme que no era aquel el ejecutante, sino que paseaba por el teclado sus manos delicadas y hechizadoras alguna ondina, alguna nixa hija del Rin—Wogllinda ó Floschilda, las guardadoras del oro.— Aquellos sonidos imaginaba yo que eran como revelaciones del mundo inefable que duerme mientras el arte no le despierta.

Acaso el secreto del arte sea éste: que no miremos quién lo produce, sino el efecto que en nosotros causa. He conocido á poetas muy grandes, que eran hombres muy despreciables y pequeños.

Habría que leerles olvidándose de su personilla, de sus actos, de todo lo que les manchaba de impureza y de miseria humana, y no empeñarse en crearles mentirosa aureola de virtud y de honor que no poseían. Tomemos del poeta la poesía, del músico la música... y no pidamos más. ¿No nos basta?

Dos clases de música me interesan especialmente: la religiosa y la popular.

Las misas de *requiem*, los *Stabat*, las *Siete palabras*—unque no sean obra de Palestrina, de Mozart ó de Stradella,— me hacen sentir emociones que no experimento en los conciertos oficialmente *selectos*; y creo que en esto entra por mucho el fondo, la decoración. Es posible que, según la teoría de Wagner, mi oído necesite, para penetrarse de la belleza de la música, el auxilio de mi vista. ¿Qué veis generalmente en un concierto? A cuatro señores de frac, en actitudes algo forzadas, rozando las cuerdas del violoncelo ó del violín, en un escenario vacío, sin más muebles que las sillas contadas para que se siente el cuarteto. En el templo todo os sugiere el misterioso estado de ánimo á que la música responde fielmente. Las altas columnas, el murmullo tenue de la muchedumbre que se agolpa en la nave, la semiobscuridad, el olor casi disipado del incienso, el parpadeo de los cirios en el altar de oro, sombrío, de antiguas coloraciones..., constituyen una decoración del gusto de Wagner (el artista que mejor ha comprendido la estrecha, íntima relación de la *mise en scene* teatral y la *mise en scene* religiosa). Con la diferencia, á favor del templo, de que en el teatro, hágase lo que se haga, siempre se conocerá que es farándula y figuración, mientras que en la iglesia la sensación de realidad contribuye á realzar la poesía. Y así, un *Stabat* escuchado en la catedral de Sevilla será uno de los recuerdos artísticos más sinceros que me quedan.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Oigo desde cadáver la tumba á fúnebre Isabel nuestra finible, se á de que la maga, Pues t su inn una m vuelto Werth vida c

El r sonrei Juan l singer Gualte cida d tudes, escase fenóm